

2019-07-01

Nouvelle Bovary, Nuevo Bovary

Hans Färnlöf

Universidad de Mälardalen, Suecia

Felipe Moreno Perdomo

Universidad San Buenaventura de Cartagena de Indias, felipe.moreno@usbctg.edu.co

Follow this and additional works at: <https://ciencia.lasalle.edu.co/ap>

Citación recomendada

Färnlöf, H., y F. Moreno Perdomo. (2019). Nouvelle Bovary, Nuevo Bovary. *Actualidades Pedagógicas*, (74), 177-189. doi:<https://doi.org/10.19052/ap.vol1.iss74.9>

This Artículo de Investigación is brought to you for free and open access by the Revistas científicas at Ciencia Unisalle. It has been accepted for inclusion in Actualidades Pedagógicas by an authorized editor of Ciencia Unisalle. For more information, please contact ciencia@lasalle.edu.co.

Nouvelle Bovary, Nuevo Bovary

Hans Färnlöf

Maestro de conferencias

Universidad de Mälardalen, Suecia

Felipe Moreno Perdomo

Traductor

Docente investigador en lengua y literatura francesa

Universidad San Buenaventura, Cartagena de Indias.

felipe.moreno@usbctg.edu.co



Resumen: Hans Färnlöf, académico e investigador literario sueco, propone una nueva perspectiva sobre el análisis literario de la obra *Madame Bovary* de Gustave Flaubert. Färnlöf observa el personaje de Charles Bovary como el centro de todo el discurso literario y que en él confluyen los momentos más decisivos de la obra. Färnlöf, además, nos comunica su pensamiento a través de una escena nocturna donde un comentario intrépido abre una profunda discusión en torno al concepto de la estructura literaria —la *nouvelle*—, del centro discursivo y del arte literario propios de Flaubert.



Recibido: : 15 de noviembre de 2017

Aceptado: 16 de agosto de 2018

Versión Online First: 11 de septiembre de 2019

Publicación final: 12 de diciembre de 2019

Después de una cena de profesores. Se discutía de la grandeza de la literatura (francesa), bajo la tutela del profesor emérito de la Sorbona, Señor Recio. Las voces competían al coronar las obras inmortales de las mejores plumas; no había allí más que la molestia al escoger: Rabelais, Racine, Molière, La Fontaine, Voltaire, Hugo, Balzac, Zola, Gide, Sartre... entre otros. Si un profesor tenía una ligera preferencia por cierto autor, la asamblea recordaba que cada escritor había logrado crear su parte de la literatura ideal, al tocar los perfeccionismos platónicos de la expresión estética. Las decisiones unánimes estuvieron raramente moderadas, ocasionalmente por algunas anotaciones del profesor, Señor Franco de la Nueva Sorbona.

En la esquina, al extremo de la mesa, estaba sentado un joven investigador extranjero. Él no había pronunciado palabra durante la cena. Entonces, aprovechando una pausa de los profesores, él tomó la palabra:

—Todo lo anteriormente dicho es correcto, pero ¿ustedes alguna vez han tenido ganas de suprimir la mitad de las descripciones interminables de Balzac, de saltar las informaciones técnicas de Zola o de adicionar una intriga secundaria en Racine, para hacer la pieza más viva?

Un silencio ocurrió. Todo el mundo observó a Recio.

—Joven, si usted es serio en lo que usted expresa, lo compadezco. Sí, compadezco su adversidad de no poder *vivir* los mejores autores de la historia de la literatura.

—Estimo simplemente que no se debe únicamente, y siempre, *vivir* los escritos clásicos; algunas veces, se podría incluso, con un cierto beneficio, modificarlos.

—¿Beneficio? ¿Modificar? Las obras maestras no son mercancías, ni objetos de especulación a transformar por voluntad. ¡Una obra maestra es una obra maestra! Hace parte de nuestra herencia cultural, de nuestra identidad intelectual, de nuestra lengua materna. No se podría simplemente “modificar” tales cosas. ¿Cuál, entre estos textos, se podría modificar? ¿Qué autor? le pregunto. ¡Mencione uno solo! ¡Uno solo!

—¿Flaubert?

Hubo un momento de silencio, de estupor, interrumpido por la voz de trueno de Recio:

—¡Flaubert no! ¡Ignora usted, sin duda, el inmenso esfuerzo consagrado por este genio solitario para componer sus frases perfectas; ¡sí, incluso sus palabras, sus sonoridades armonizadoras! ¡La literatura es sublime, intocable, y Flaubert es el *emblema* de ello!

—No obstante, se podría reescribir su obra maestra, *Madame Bovary*, con el fin de poner en perspectiva y exponer ciertas particularidades de la composición, continuó el joven, tan irrespetuoso como siempre.

Recio se sofocó, lo que permitió a Franco el tiempo de intervenir:

—¿Qué particularidades, más exactamente?

—La incompatibilidad de Charles y Emma.

—Explíquenos.

—Se sabe, y se ha comentado. además, sobre la incompatibilidad de la pareja Bovary. Ahora bien, es muy difícil, así lo creo, no sentir una molestia en la composición de lo que concierne a su estado en tanto que personajes ficticios. Las explicaciones del comportamiento de Charles son esquemáticas, siempre las mismas: él no entiende, él no ve, él no evoluciona. Todo aquello contrasta con la insistencia sobre la profunda psicología de Emma. No se trata únicamente de dos seres incompatibles, pero sí de dos *construcciones ficticias* diametralmente opuestas: explicaciones en profundidad y movimiento constante para la heroína; constataciones lacónicas y *statu quo* para él. De hecho, nos podríamos preguntar si el personaje de Charles llena los criterios necesarios para hacer parte de una novela realista, donde el individuo debe interactuar con (y parcialmente formarse según) el contexto sociohistórico. ¿Realmente un personaje de novela? ¿No nos podríamos imaginar mejor este pobre marido en una novela de Maupassant? Personaje plano y limitado, el engañado, el mediocre... Profundamente excluido de la verdadera vida de Emma, él ni siquiera hizo parte en el género en el que él, irónicamente, fue incluido.

—Charles, personaje plano, ¿sería él un personaje de *nouvelle*? Emma, personaje que al confundirse con una persona real, siendo tan viva que miles de lectores pudieron identificarse con ella, ¿sería ella un personaje de novela? preguntó Franco.

—Si se transpone la novela en *nouvelle*, y si focalizamos esta sobre Charles, aquello podría al menos brindar la base de una discusión alrededor

de esta problemática. Con Charles como focalizador, la historia no es ni larga ni compleja, tal como ella aparece en *Madame Bovary*.

—Se muestra usted interesante, joven, interrumpió Recio, quien había retomado su aliento. No le condeno enteramente desde que usted subraya la pobreza y lo llano de Charles en tanto que ‘personaje de *nouvelle*’, como usted lo dice. Su mediocridad es incluso una condición necesaria para el buen desarrollo de la novela: él debe quedarse llano, para atizar el ardor de huir lejos de Emma.

—Entonces, permítame seguir esta idea, es decir, aquella de ‘re-presentar’ *Madame Bovary* en *nouvelle*, es decir, en *Monsieur Bovary*. Ya que a propósito encontré precisamente un manuscrito de un autor anónimo quien justamente emprendió esta tarea y me complacerá leérselos.

—¡Veamos! dijo Franco.

—Que así sea, le escuchamos, pronunció Recio. Pero añade pronto: — Veremos gustosamente...

El joven sacó de su chaqueta algunas hojas amarillentas y leyó:

“Señor Bovary

Tanto en la nieve como en la lluvia, Charles Bovary, médico campestre en Tostes, ofrecía sus servicios en la región, trabajando duro y alimentándose mal. Era el más feliz de los hombres.

Al entrar a su casa, encontraba un fuego llameante, la mesa servida y Emma, su amada mujer. Al día siguiente, partía nuevamente, la mente tranquila y la carne contenta; la jornada, él languidecía de ver de nuevo a su amada; la noche, él regresaba a cubrirla de besos. Ella era una mujer hecha de partículas de oro que cubría de arena su sendero de vida. Ella encantaba por sus gestos, sus vestimentas, sus rasgos... Además, ella sabía conducir su hogar y ¡había incluso sabido impresionar en el baile de Vaubyessard!

El señor Bovary se portaba de maravilla. Sin embargo, su vida no había sido color de rosa. Desde la entrada al colegio, se burlaban de él. Presionado por su madre, él había emprendido estudios de medicina. Pero él solo escuchaba, no comprendía nada. Fruto de inmensos esfuerzos, él había terminado por colgar el título de oficial de la salud. Entonces su madre le había encontrado una viuda adinerada. Él imaginaba que al fin él sería libre para disponer de su ser. No obstante, su mujer regulaba su comportamiento y seguía todas sus indicaciones.

Ahora bien, una noche, en el transcurso de una visita al Señor Rouault, todo aquello debía cambiar. La primera visión de Emma fue fatal: habiéndose

picado los dedos, la hija del cultivador los lamía y atraía la mirada de Charles, estupefacto por la blancura de sus uñas y la belleza de sus ojos marrones, que de vez en cuando le dirigían una mirada osada. Esta primera impresión debía marcarlo hasta el último día de su vida: jamás él pudo verla en su pensamiento de manera diferente a como él la había visto en esta primera vez”.

—¡Interesante indicio, característico de la *nouvelle!* exclamó Franco. De algún modo, se presiente el desdichado fin.

—En efecto, asentía Recio. Continúe.

“Charles retornó al día siguiente a casa de los Rouault y los visitaba asiduamente y en toda ocasión. Por una feliz circunstancia, su esposa murió. Sintió una vez más aquel acuerdo de independenciamiento que le transfería una porción de identidad propia. Sin ser consciente, él obedecía al deseo fundamental de pasar los límites de su vida que siempre estaba regida por otro: encontró al fin el objeto de una pasión y se convirtió al fin en un ser. Él mismo, en él mismo, era insignificante. Enseguida se siguió el matrimonio con Emma (de todas maneras, el padre Rouault no pedía nada mejor que esto). Charles estaba despreocupado: una comida, una caminata, la luz del sol sobre las mejillas de su mujer, la vista de su sombrero de paja...el menor detalle de su vida cotidiana componía su alegría. No había necesidad de avanzar, de progresar, de emprender. Conforme a su naturaleza, él encontraba en la rutina su esencia, al igual que el sentido de la vida.

Se entiende entonces que Charles era en verdad el más feliz de los hombres. Pero, desde un cierto tiempo, el estado de las cosas empeoraba. Emma dejaba abandonaba de buena gana la limpieza, llegaba a mostrarse caprichosa y difícil; ella comía poco e irregularmente; ella no salía y sentía latidos muy fuertes en su corazón. En Rouen, el antiguo maestro de Charles constató que era una enfermedad nerviosa: se le debía cambiar de aire. Por consiguiente, Charles decidió establecerse en el pueblo de Yonville-l'Abbaye. La partida fue prometedora: Emma estaba embarazada.”

—Allí terminamos la primera parte, indicó Franco.

—Solo quedan dos, pronunció Recio secamente.

“Sin embargo, la clientela no llegaba y la economía preocupaba a Charles. Reparación a Tostes, atuendos de la señora y trasteo a Yonville-l'Abbaye habían consumido toda la dote. El embarazo de su mujer lo salvó. Él adoraba contemplar a Emma. Él la besaba, pasaba sus manos sobre su rostro, deseaba hacerla bailar.

En el fondo nada le faltaba. Además, ellos habían encontrado una buena compañía en el pueblo. En la pensión, él jugaba dominó con el amigable farmacéuta Homais. Emma simpatizaba con Léon, un joven clérigo rubio. Incluso si Charles era un poco perspicaz, él no podía evitar darse cuenta de que su mujer parecía como reanimada en compañía de este joven hombre. Poco celoso, se felicitaba de haberle encontrado este compañero, quien podía entretenerse con ella durante sus frecuentes ausencias. Él no se equivoca. Parecía recobrar el amor de su mujer desde este encuentro con Léon. La alegría fue doble por el nacimiento de su hija, Berthe. Marido seguro y padre asegurador, él poseía desde entonces a dos mujeres que le abrían las puertas sobre la felicidad.

Emma estaba un poco emotiva al conocer la partida de Léon a París, es verdad. Ella retomó al tiempo su comportamiento caprichoso. Cuando tuvo un escupitajo de sangre, Charles estuvo al borde de la inquietud. Su madre propuso someter a Emma a ocupaciones prácticas con el fin de evitar la inacción. Por una súbita felicidad, el conocer una nueva persona le ofrece una solución. Rodolphe Boulanger, un gentilhombre local, tuvo la excelente idea de dar un paseo a caballo con Emma. Algunos habrían podido encontrar aquello divertido, pero Charles, se burlaba: ¡la salud ante todo! Él no se equivocó. En poco tiempo, él encontraba de nuevo en su mujer aquella que antes había conocido.

Para ayudarlo a avanzar en su carrera, Emma lo motiva a la instigación del farmacéuta, a iniciarse en los nuevos métodos propuestos para la corrección de los pies zambos. Pero aquello tomó un giro nefasto. Después de la operación practicada sobre un joven del pueblo, la gangrena se propagó hasta las rodillas del paciente. Se invitó a un célebre médico de Neufchâtel quien ordenó la amputación. Charles cayó en el desespero. Se veía deshonorado, arruinado. Él, quien deseaba hacer el bien, por primera vez en su vida había infligido el mal a otro ser. Su dolor aumentó cuando fue rechazado por su mujer, ante la cual buscaba en vano la empatía. Atormentado, atribuyó todo a la enfermedad nerviosa. Felizmente, la enfermedad fue temporal: Charles encuentra de nuevo a su mujer irresistible. Se deleitaba igualmente de ver a su hija crecer. ¡Si solamente ella se pareciera más tarde a su madre! Entonces comenzó a planificar el financiamiento de sus estudios. La felicidad los esperaba, a él y a su familia tan amada.

Ahora bien, un día, la enfermedad regresó. En el momento que Charles propuso un albaricoque a su mujer, ella gritó casi hasta ahogarse. Poco

después, cayó rígida sobre el suelo. Tuvo el delirio, hablaba de manera incoherente. Durante más de un mes, Charles, no dejó en ningún momento a su mujer inerte. Abandonó a todos sus enfermos; no conciliaba el sueño. Para colmo, había problemas de dinero. En un principio, deseaba compensar a Homais por todos los medicamentos que fueron tomados. Además, el gasto del hogar llegaba a ser atemorizante. Un tal Lheureux lo hostigaba con artículos pedidos por su mujer.”

—¡Ah! Me preguntaba justamente cuándo el narrador iba a presentar a nuestro Lheureux, dijo Franco.

—Además que otros personajes han desaparecido misteriosamente de la narración..., agrega Recio.

“La convalecencia de la señora fue extensa, pero poco a poco ella retomó sus fuerzas. Deseó que se vendiera el caballo (de todas maneras, su amigo Rodolphe realizaría un viaje) y se entrega a varias caridades excesivas; hizo parte de las sociedades; hizo cambiar el jardín de arriba a abajo. Charles se contentó de verle entonces manifestar una cierta voluntad. Para distraerla, el farmacéuta le aconsejó llevarla al teatro de Rouen. En un principio ella se rehusó, pero Charles no cedió, juzgaba él que esta recreación le debía ser provechosa. En la pausa, Emma deseó salir, pero la muchedumbre bloqueaba los corredores. Su marido, al temer de verla desfallecer, corrió a buscarle algo de beber. Por fortuna, se encontró con un conocido, Léon, de regreso a Rouen. Debido al calor en la sala, salieron todos ellos antes del tercer acto. Ahora bien, Léon gustó tanto de este acto que Charles propuso a su mujer quedarse un día más para volver a ver el espectáculo entero. Con Léon, ella estaría en buena compañía, y, sobre todo, aquello podría hacerle bien.

La intención de Charles era buena. De nuevo, su mujer parecía encontrar la felicidad de vivir, sobre todo gracias a sus visitas a Rouen. Feliz desenlace interrumpido por la aparición de Lhereux: se debía renovar un pagaré firmado. Emma se ofreció a realizar el viaje hasta Rouen para informarse ante Léon de los recovecos jurídicos que podrían seguirse. Ella se quedó allí tres días. ¡Cómo la pasó de bien!

Emma quiso retomar la música, pero las lecciones le eran muy costosas. No obstante, al ver la angustia de Emma, Charles encontró los medios de enviarla a Rouen para seguir un curso una vez por semana. Aquello le haría bien sin duda alguna. Una vez más, él había encontrado una solución: ella volvió a estar más encantadora que nunca y hacía de su marido uno de los más afortunados mortales. Aspecto curioso, la maestra de piano, con la

que Charles se había encontrado un día, no parecía conocer a Emma. Sin embargo, después de haber hablado con Emma, Charles pronto encontró algunos recibos de deudas, en una de sus botas.

Otra sorpresa, menos feliz, fue la aparición de una deuda. Emma, este ángel, no lo había instruido en economizarle las preocupaciones domésticas. Charles tuvo que firmar aún dos deudas para Lheureux. Después de la segunda deuda, Emma se mostró agresiva. ¿Por qué todos estos impulsos? Era sin duda alguna su antigua enfermedad. Pero ¿cuándo terminaría? Más pronto de lo que él creía.

Un día, el portero se presentó para hacer un proceso verbal de confiscación. Emma había debido de sobreestimar sus recursos en una preocupación de administrar el hogar. En la noche, sufrió de sofocamientos, poco después vomitó. Palidecía, tenía un pulso casi insensible; unas convulsiones se apoderaron de su cuerpo. Emma indicó en una carta que se trataba de arsénico. ¡Ella estaba envenenada! ¿Por quién? ¿Por qué? Charles daba vueltas en la habitación, se arrancaba los cabellos, deseaba hojear su diccionario de medicina; no veía nada, las líneas bailaban.

—¡No llores más! le dice ella. ¡Pronto no te atormentaré más!

—¿No eras feliz? ¿Es mi falta? ¡No obstante hice todo lo que pude!

—Si..., es verdad, ¡Eres un hombre bueno!

Ella le pasaba la mano por los cabellos, lentamente. La dulzura de esta sensación sobrecargaba su tristeza; él sentía todo su ser desmoronarse de desespero en la idea de que era inevitable perderla. Ella no tardó en vomitar sangre. El doctor Larivière llegó por fin. Frunció las cejas al percibir el rostro cadavérico de Emma.

—¡Encuentre usted entonces una solución, usted que a tantos ha salvado! se lamentó Charles.

—¡Ánimo mi pobre hijo, ánimo! No hay nada que hacer.

Una convulsión la revolvía en el colchón. Ella no existía más. Charles se abalanzó sobre ella gritando:

—¡Adiós! ¡Adiós!

Él se encerró en su consultorio, tomó una pluma, y, después de haber llorado algún tiempo, escribió: “Deseo que se le entierre con su vestido de nupcias, con unos zapatos blancos, una corona. Se extenderán sus cabellos sobre sus hombros; tres ataúdes, uno en roble, uno de caoba, uno de plomo. Se le pondrá por encima una gran pieza de terciopelo verde.”

Charles remontaba continuamente la escalera con el fin de ver a su mujer idolatrada. Se posaba al frente de ella para detallarla mejor, y él se perdía en esta contemplación que no era más dolorosa a fuerza de ser tan profunda. Se acordaba de los milagros del magnetismo; y él se decía que, al desearlo extremadamente, él podría quizás resucitarla. ¡Cada noche soñaba con ella! Era siempre el mismo sueño: él se acercaba a ella; pero, cuando él venía a estrecharla, ella caía hecha podredumbre en sus brazos.

Los negocios se retomaron. Charles le debía a Lheureux sumas exorbitantes; se le reclamaban seis meses de piano, tres años de suscripciones de libros, el puerto de una veintena de cartas... Cada deuda que pagaba, creía poder terminar. Llegaban otras, por el contrario. Se vio obligado a vender todo, pero la habitación de su esposa seguía indemne.

Él terminó incluso por ordenar la habitación de Emma. Un día, encontró allí una carta que cayó entre dos sillas. Leyó: “¡Ánimo Emma! No deseo ser el infortunio de su existencia” Charles quedó boquiabierto. Por último, descubrió una pequeña R debajo de la segunda página. Se acordó de las continuas visitas de Rodolphe, su súbita desaparición y el aire contrariado que él tuvo al encontrarla, dos o tres veces. ¿Se habrán amado platónicamente? ¡Sí, todos debían haber amado a esta mujer, su mujer! Todo se desmoronó desde que Charles abrió el compartimento secreto del escritorio de Emma y encontró numerosas cartas de Léon, el joven clérigo. Aquello no dejó nada de dudas: ¡él había sido su amante! Sollozando, gritando con locura y violencia, Charles descubrió una caja en una esquina y la reventó. El retrato de Rodolphe le saltó a la cara, en medio de cartas de amor.

No obstante, la imagen de Emma estaba en el interior de Charles, ella estaba impregnada en él, de su ser y de su esencia. No podía ya vivir con esta imagen en él. Él ya no salía de su casa, no recibía a nadie, se rehusaba incluso a ir a visitar a sus pacientes. En el verano, encontró a Rodolphe. Charles se perdía en sueños ante la figura que ella había amado. Le parecía volver a ver algo de ella. Era entonces una inmensa fascinación. ¿Por qué no pudo él llegar a ser este hombre? Al otro día, él se sentó sobre un banco en el jardín. En la noche, Berthe vino a buscarlo. Él tenía la cabeza volcada hacia el muro, los ojos cerrados, la boca abierta, y tenía en sus manos una larga mecha de cabellos negros.

—¡Papá, ven un rato!, dijo ella.

Creyendo que él quería jugar, ella le empuja suavemente. Cayó al suelo. Charles estaba muerto.

FIN”

—Debo decir que el fin de esta versión no es tan mala, dijo Franco.

—Es posible, pero para una *nouvelle*, hace falta el epílogo para precisar las cosas, replicó Recio.

—Yo pensaba que podríamos encargarnos de eso al seguir de manera justa la tradición de la *nouvelle*, replicó el joven hombre.

—¡Excelente ideal! dijo Franco. Por mi parte, yo diría que esta pequeña narración subraya, por contraste, hasta qué punto Charles constituye un personaje plano, o demasiado plano, en *Madame Bovary*. De allí la profunda incompatibilidad con la romántica Emma y este ‘genio’ concebido en la composición. En un cierto sentido, Charles encuentra su lugar en esta *nouvelle*, pero hay más para decir...

—Por supuesto, cortó Recio, hay muchas cosas para decir. En principio, sí se reconocen a menudo las expresiones de Flaubert. Se observa igualmente mucho de Maupassant en esta *nouvelle*. Además, Flaubert jamás habría tolerado todas estas aliteraciones y todos estos hiatos. Pero todo aquello no tiene importancia. Por el contrario, ¿dónde se encuentra la dimensión social, el odio contra los burgueses y el aburrimiento de la vida cotidiana? ¡La *nouvelle* omite completamente esta dimensión! ¡Y Homais allí no es más que un vano ejemplo, apenas secundario!

Toda la dimensión social, la estupidez de los burgueses, etc., pierde su importancia, replicó Franco. De por sí el género de la *nouvelle* expone pocos casos del contexto sociohistórico. Pero es sobre todo la consecuencia de la focalización modificada. Charles no se define según las normas sociales. ¡Él encuentra su esencia gracias al amor! No es él, de manera paradójica, el personaje romántico y novelesco por excelencia. Solo el amor existe para él, él desea resucitar a su mujer, perdona al amante y muere de tristeza. Solamente el objeto de su amor hace una figura terriblemente plana en esta *nouvelle*...

—Exactamente, aprobó el joven hombre. Si hay caso a una crítica en la novela (digo bien en la *nouvelle*), ella no es misantrópica, pero sí misógina. Muy difícilmente puede uno identificar a Emma. La focalización masculina la reduce a desempeñar algunos roles de mujer muy bien conocidos, dispersados alrededor de la norma masculina: la esposa fiel e infiel, la histérica, frívola, la ingrata, la vanidosa, etc.

—En cuanto a nuestros dos personajes así reformados por el género de la *nouvelle*, continuó Franco, me pregunto si la ‘banalidad’ de Charles y

la 'profundidad' de Emma no es, en último lugar, una consecuencia de la focalización y de la simple suma de páginas consagradas a cada uno de ellos. El resultado de una convención de género y de lectura, a lo sumo. La profundidad de Emma no es otra cosa que una gama de variaciones paradigmáticas de una simple —pero extremadamente pronunciada— característica de personalidad, el ya conocido 'bovarismo'.

—Pero si la composición decide la pertenencia genérica del personaje, observó Recio, aquello presupone que sería posible profundizar el personaje de Charles, hacer de él el personaje principal de una novela de 500 páginas. Aquello me parece imposible.

—Sobre tal efecto estoy convencido, objetó Franco. ¡Retrasando la historia en forma de *nouvelle*, se descubre en Charles un potencial épico *único*! En lugar de reducir al marido engañado, a un caballero mediocre, él reviste una dimensión casi mítica, de categoría filosófica. Es la historia de un hombre, en general, que busca la felicidad y que la encuentra, porque se contenta un poco. Pero tal Sísifo, debe constantemente recomenzar su trayecto, no por causa de su filosofía ni de sus preferencias, sino por unas circunstancias que lo arrollan. El resultado hace que la *nouvelle* sea profundamente pesimista.

—Claro, añade el joven hombre, no existe algún problema en transformar *Monsieur Bovary* en novela filosófica, larga y profunda meditación sobre el hombre y su felicidad, la condición de la existencia. ¡El drama de lo cotidiano! ¡El señor Bovary, somos nosotros! Por el contrario, partiendo de esta *nouvelle* ¿Podríamos imaginar una novela centrada sobre el personaje antipático de Emma? ¿Podríamos soportar 500 páginas repetir hasta la saciedad la vida, las esperanzas y los desesperos, los sueños y los deseos egoístas de esta mujer?

—Flaubert pudo hacerlo, arguyó Recio, es aquel quizás su más notable aporte. Su novela es entonces una obra maestra. Esta *nouvelle* accidental, incluso si ella es más existencial que social, incluso si ella posee un cierto potencial filosófico o épico, no es otra cosa que una abreviación empobrecida de la gran novela de Flaubert, una versión comprimida y falsificada, en cierta manera. Nada más que eso.

—Pero, preguntó el joven. ¿El valor de la literatura podría residir igualmente en su potencialidad, como todo mérito de un estudio que puede engendrar otros estudios?

—Aquello está bien dicho, respondió Recio, para retomar su propuesta de hace un instante, pero el estudio de las letras es justamente un estudio

de las letras que están *escritas*, no de las obras ‘virtuales’. Además, *Monsieur Bovary* no es un estudio y estas especulaciones no tienen un valor científico.

—¿Se podría publicar esta *nouvelle* acompañada de nuestras discusiones? El saber de la asamblea aseguraría la calidad científica de todo esto, propuso el joven.

—Imposible, afirmó Recio. Harán falta las notas, las reseñas, la argumentación clara, la formulación de la problemática, la disposición, la conclusión, etc. Puedo garantizarle que ningún comité de lectura digno de este nombre no aceptaría tal contribución a una revista especializada.

—Es posible, dijo Franco. ¿Pero admite usted que aquello por lo menos abre una perspectiva original para el estudio de las obras clásicas y los trabajos sobre la poética de la narración?

—Lo comprendo y lo acepto, la perspectiva está allí. ¿Pero cuál es la perspectiva realmente? ¿La narración es de Flaubert o de Maupassant? El tema, ¿es la *nouvelle* o es una novela? El objeto, ¿es lo escrito o lo virtual? La forma, ¿es una parodia o un ensayo literario?

Recio hizo una pausa, se inclinó hacia el joven y le dirigió la última palabra:

—¿Lo ve usted? Todo lo que usted habrá obtenido de esta experiencia estética, finalmente, no es más que una confusión de los géneros.